
Las amazonas

No existe ninguna evidencia histórica de que las amazonas hayan existido jamás. Son como los centauros, las gorgonas y los atlantes: productos monstruosos de la imaginación que sólo hacen referencia a la realidad en términos metafóricos o metonímicos. El mito de las amazonas, escandalizado ante su propia monstruosidad, describe su mundo como el reflejo distorsionado, roto, de la impecable sociedad ateniense, cuyo fundamento patriarcal estaba organizado alrededor de la figura del guerrero, ideal que “dependía del imperativo de que los muchachos fuesen guerreros y después padres, y las muchachas fuesen esposas y madres de varones”(14). El mito se funda en una inversión de estos valores: las amazonas son guerreras y se niegan a ser madres de varones.

Además del horror que tal monstruo inspira en quienes recogen el relato mítico, se adivina cierta fascinación por su personaje central. La amazona es una mujer salvaje y

extranjera, dedicada a las artes de la guerra,¹ que no se somete al matrimonio y practica una sexualidad abierta. Como no se han podido librar de su destino biológico, las amazonas se reproducen, pero prefieren tener hijas —a los varones los expulsan, mutilan o matan. El detalle más impresionante del mito es que las mujeres estén organizadas en un mundo sin hombres; a los varones sólo los necesitan para satisfacer su sensualidad y para ser fertilizadas. Para ellas, no existen padres.

El mito de las amazonas nos entrega una visión muy clara de la forma en que los griegos concibieron la diferencia sexual; por un lado, el varón está identificado con los valores de la civilización: el matrimonio, la paternidad y la existencia del hogar (la casa y la familia). Por el otro, las mujeres se encuentran en un estado que debe ser superado —por la fuerza— para acceder a la civilización. En este discurso, donde las condiciones de posibilidad de la sociedad civilizada son el matrimonio, la conciencia pública de la paternidad y la existencia del hogar, las mujeres que no están reprimidas dentro de

¹ Se dice que la etimología de “amazona” procede de *a* (no) y *mazos* (teta); existe la creencia de que las amazonas suprimían uno de sus pechos para que no les estorbara en el manejo de las armas.

la ciudad representan la promiscuidad, la identidad desconocida de los hijos, el salvajismo y la bestialidad.

En efecto, el pensamiento griego identifica a las mujeres con la naturaleza. La exigencia para que se convirtieran en esposas y madres lo antes posible no significaba solamente un lineamiento que garantizaba el orden social y económico de Atenas; implicaba, además, la existencia de una amenaza: la femineidad/naturaleza tenía que ser domesticada, dominada, atenuada.

Las mujeres habían de ser encerradas para que sus impulsos bestiales no las condujeran a los brazos de otros hombres. La virginidad de las muchachas y la castidad de las esposas eran la única garantía de la paternidad. Las amazonas, por su parte, son mujeres de sensualidad exacerbada. Mientras que para los atenienses el matrimonio era un hecho social que debía disponerse, presenciarse, planearse y publicarse, las relaciones sexuales que practican las amazonas—en lugar del matrimonio— se llevan a cabo al azar, a escondidas y sin otra finalidad que la unión misma y el placer que la unión produce. Tales relaciones son, por lo tanto, desconocidas, momentáneas y sin compromisos.

El encierro de las mujeres atenienses estaba sujeto a restriccio-

nes espaciales muy importantes. Las normas del matrimonio y la maternidad mantenían a las mujeres aisladas de las mujeres de otros hogares; “sin otra compañía que la de sus parientas políticas y esclavas, las mujeres atendían a los quehaceres domésticos de gobernar la casa para sus esposos” (97).

En cambio, las amazonas se mueven al aire libre. Guerreras, entrenadas en el uso de las armas, cabalgan, desarrollan la fuerza física y obtienen el sustento de la caza. En contraste, los hombres de las amazonas, disminuidos y despreciables, se quedan en casa y alimentan a los bebés: “Las prohibiciones a los hombres —llevar armas y gobernar— junto con la mutilación de los niños varones equivalen a la falta de voto de las mujeres griegas y a la timidez que, según Isómaco, instaló un dios en la naturaleza femenina” (101).

Las extensiones modernas del mito —pobremente tratadas en algunas películas como “de ciencia ficción”— recuperan, sobre todo, la parte más ateniense y patriarcal del relato: aquella en que la amazona indomable (Hipólita) es raptada por Teseo y sometida, por la fuerza del amor, a la autoridad de los hombres.

La historia de Hipólita, la amazona enamorada que abandona la libertad para darle un hijo a su ven-

cedor,² termina no obstante en algo bastante diferente de un final feliz: en el momento en que el guerrero ateniense decide abandonar a la amazona por una esposa griega, Hipólita recobra su coraje originario y, enloquecida por los celos, irrumpe en la boda donde es muerta por Heracles, “que se encontraba entre los invitados” (31). En cambio, en las películas que hablan de “amazonas”, el raptor que convence a la mujer de someterse a las reglas del encierro y del matrimonio es fiel: el orden se reestablece.

En otros espacios, la palabra “amazonas” nos remite a mundos donde se desenvuelven, en ausencia del hombre blanco y civilizador, el salvajismo y la naturaleza. El descubrimiento del Amazonas,

la destrucción de la selva y el genocidio que la marcha civilizatoria del viejo mundo ha desencadenado vienen siendo una buena metáfora, al fin y al cabo, de la oposición hombre/naturaleza, ampliada, esta vez, a aquello que está fuera —pero no por mucho tiempo— del dominio técnico de Occidente. El sueño-pesadilla de la mujer indómita, salvaje, armada, se parece al del reductor de cabezas.

Hortensia Moreno

William Blake Tyrrell, *Las amazonas, un estudio de los mitos atenienses*, Fondo de Cultura Económica (breviario 495), México, 1989, trad. de Juan José Utrilla, 240 pp.

² El casto Hipólito de la tragedia en que Fedra, la madrastra, intenta sin éxito perpetrar un incesto simbólico.